

Intervención de José María Aznar en la clausura del Campus FAES 2026

MADRID, 25 SEPTIEMBRE 2026

“Hoy clausuramos el Campus FAES 2026; hemos dedicado tres días a pensar sobre Europa, Hispanoamérica y España, es decir, sobre las realidades que más nos importan; haberlo hecho con rigor, y contando con los mejores, corrobora el éxito de esta edición y nos anima a superarnos en la siguiente.

Agradezco el trabajo y la asistencia de quienes han hecho posible este campus. Al personal de la fundación: a quienes organizáis el evento y a quienes lo difundís; a los participantes en las mesas, a los asistentes y, este año, de forma especial, a la Fundación Ortega-Marañón, que amablemente nos acoge. Y por supuesto, agradezco mucho la presencia de todos los que habéis querido acompañarnos hoy en esta última jornada.

Habría cumplido ya el propósito de mi discurso, porque yo hoy vengo aquí a daros las gracias y a escuchar a Alberto Núñez Feijóo. Pero, como dije el miércoles, tengo la esperanza –mejor, la firme convicción– de que el Campus del año que viene lo clausure Alberto Núñez Feijóo no solo como presidente del Partido Popular, sino como presidente del Gobierno.

Y dado que esta fundación no quiere limitarse a ser testigo de eso, permitidme exponer ahora, por qué FAES, y yo mismo, consideramos una verdadera urgencia nacional que Alberto Núñez Feijóo sea presidente del Gobierno.

Algunas de esas razones las anticipé el miércoles. La más importante: que la victoria de Alberto será la victoria de todos los españoles, porque, cuando suceda, los primeros derrotados serán el sectarismo y la exclusión.

En la inauguración de este campus avancé un diagnóstico acerca de la salud política de España. Y creo que hay una abrumadora mayoría de españoles que coinciden con él, más allá de su adhesión o simpatía por unas u otras siglas.

Hoy quiero trasladaros algunas razones complementarias, encarnadas particularmente en la persona de Alberto, por las que, a mi juicio, la mejor garantía para “cancelar ocho años de retroceso histórico” será escoger la papeleta del del Partido Popular.

Pido a todos confianza en Alberto, antes que nada, porque yo la tengo. Estoy firmemente convencido de que para restaurar el respeto que el país se merece hay que asegurarse de elegir representantes que lo respeten y que a su vez se respeten a sí mismos.

Que prometan lo que saben que puedan cumplir, y no simplemente lo que halague a su electorado potencial. Ahora más que nunca, se deben elegir políticos, no demagogos. España necesita hombres de estado, no charlatanes, ni apóstoles, ni profetas.

Y dejadme señalar que no es tan difícil distinguirlos. El hombre de estado dispuesto a asumir tareas de mando, y digno de ejercerlas, siente pesar constantemente sobre sus hombros las responsabilidades de ese empeño; cuando gobierna y cuando actúa de oposición, siempre.

Cuando habla o escribe para dar a conocer sus ideas, y cuando redacta proyectos o disposiciones que han de tener algún día fuerza de ley.

Sabe que cualquier error suyo puede repercutir en la colectividad nacional y, a medida que la experiencia ilustra a su probidad con nuevas experiencias, rechaza más y más las engañosas generalizaciones, el empleo desaforado de conceptos absolutos, y el manejo, siempre tentador, de hipérboles tan llamativas como inexactas.

Muy al contrario, el demagogo, firmemente resuelto a no gobernar en sentido propio, gusta de valerse de todos esos recursos. Le basta con que sean eficaces para producir impacto y le trae absolutamente sin cuidado que, si llega al poder o si cambian las circunstancias en que lo está ejerciendo, se esgriman contra él sus propias palabras y entorpezcan o paralicen su gestión gubernamental.

Alberto tiene sentido de Estado y vocación netamente gubernamental; me consta a mí y os consta a vosotros, porque lo ha demostrado: su biografía es su mejor aval.

Así que Alberto posee justo lo que más necesita España en estos momentos. Porque la política española, amigos, requiere con urgencia una dieta prolongada que la ponga, por muchos años, a resguardo de charlatanes sin escrúpulos.

Amigos, la demagogia es una suerte de perversión de la democracia, algo así como “su mala sombra” y, por tanto, transversal a derecha e izquierda. Pero insisto: es fácil distinguir “las voces de los ecos”. Pondré un ejemplo. Conozco bien la lealtad de Alberto a España. Y también sé que Alberto conoce muy bien que el patriotismo es una virtud recatada, hermana del sacrificio.

No le hace ninguna falta disfrazarse de capitán de los Tercios para presumir de español; Alberto nunca ha rebajado a mascarada el amor a España: porque los sentimientos profundos, cuando lo son de verdad, no se muestran, se demuestran.

Y dejadme concluir glosando otra virtud de Alberto, que tiene mucho que ver, por cierto, con algo muy español, pero de la entraña, no de la corteza de lo español.

Nuestros clásicos del Siglo de Oro alababan como virtud ejemplar, característica del hidalgo de esa época, algo que llamaban “sosiego”. Pero por tal cosa no entendían sencillamente la tranquilidad, tampoco la inercia. Sosiego era, para ellos, fuerza contenida, determinación que no necesita ostentarse.

Es capaz de sosiego el mar porque es capaz de tormenta; no lo es el charco. En esa virtud española, toda Europa admiraba la capacidad para manejar la potencia propia con cabeza clara y pulso firme.

El equilibrio, el dominio de uno mismo en cualquier situación, en la adversidad y en la próspera fortuna. Saber ganar o perder sin inmutarse, sin envanecerse ni derrumbarse, sin exasperarse ni desmayar.

Qué pocos hombres públicos pueden reconocerse en esas actitudes y cuánto nos están haciendo falta.

Pues bien, Alberto es justamente uno de esos pocos.

Estando acogidos en la sede de la fundación Ortega y Gasset, permitidme concluir con un recuerdo de Ortega.

A don José le gustaba mucho recordar una viñeta histórica ilustrativa de esta virtud española del equilibrio, del “sosiego”. En momentos de máxima gravedad histórica para España, solía repetir a sus discípulos y amigos que esa cualidad moral era lo primero que había que recuperar, cuanto antes, en el comportamiento de cada uno.

Y le gustaba ilustrarlo con un pasaje clásico. Es un episodio de la vida de don Francisco Manuel de Melo, el portugués español, historiador del tiempo de Felipe IV.

Melo embarca en la nao capitana *San Antonio*, al mando del general don Manuel de Meneses, el 25 de septiembre de 1626 —hace exactamente 400 años—, para marchar a Flandes con tropa levantada en Portugal. Y recuerda:

"Apenas se había separado de la costa, cuando empezó a arreciar de tal manera una tempestad, que, según los prácticos, jamás se había visto semejante lucha de vientos y mares; y así, todo anunciaba a los afligidos navegantes un próximo e inevitable naufragio. En este conflicto cerró la noche, que se pasó en confusión, votos y testamentos, mas, sin embargo, de no ignorar el general el sumo peligro en que se hallaba tomó la extraña resolución de ponerse los mejores vestidos que tenía. En medio de esto, y habiendo dado instrucciones precisas al piloto, sacó el general unos papeles que traía consigo, y abriendo uno, se dirigió a don Francisco Manuel, que le había acompañado casi toda la noche, y sosegadamente le dijo: Este es un soneto de Lope de Vega, que él mismo me dio cuando vine de la corte: alaba en él al cardenal Barbarino, legado del Sumo Pontífice Urbano VIII. Le leyó, y empezó a decir su juicio acerca de él, como si le estuviera examinando en una serena academia; pero al llegar a un verso que le pareció ocioso, discurrió enseñando a nuestro autor los defectos que en él advertía; sin duda con el objeto de distraerlo del gran peligro en que le veía".

Tal es el pasaje. Tempestad, borrasca, y amenaza de naufragio, pero en medio del peligro y sin ignorarlo, el general de la armada se pone sus mejores vestidos—los demás lo imitan—y sosegadamente —es decir, después de haberse sosegado—, se dirige a Melo, con el soneto de Lope en la mano, y se dispone a hacer crítica literaria en medio de la tempestad. Este es el sosiego español, el que pintó Velázquez.

Suelo decir que lo que hace falta para enfrentar la situación que vive España, es cabeza fría y pulso firme, porque se prolongará todavía un tiempo y habrá que navegar por aguas turbulentas.

Y yo confío en Alberto no para hacer crítica literaria en la galerna, sino para gobernar con pulso firme, para lo que todavía hace más falta serenidad, templanza y determinación.

Así que Ortega llevaba razón. En tiempos de tormenta, precisamente en esa clase de tiempos, y para no perder el rumbo, la nave necesita capitanes que tampoco pierdan la calma.

De esa pasta está hecho Alberto Núñez Feijóo. Y porque me consta, lo digo. Querido Alberto, vamos a seguir alentándote para que al próximo campus regreses, por el bien de España y de los españoles, empuñando el timón”.